

Rafael Cardona

El Cristalazo

Del debate y las decepciones



No recuerdo si fue Manuel Gómez Morín quien lo dijo, pero cabe perfectamente para este tipo de ejercicios democráticos (en apariencia), como los debates presidenciales: si no quieren desilusionarse, no se hagan ilusiones.

Quien haya creído por buena fe o por ingenuidad en la edificante utilidad de los debates, ya debería haberse acostumbrado a su relativo provecho. Estas confrontaciones de personalidad (con muy poca oportunidad para las ideas y el análisis de las mismas), no resultan útiles ni siquiera para mover las agujas de las casas encuestadoras y sus mediciones.

Y no sólo por los tres casos recientes (Minería, Tijuana, Mérida).

No, los debates han sido más espectáculo y menos reflexión, desde el principio de los tiempos, pero en la medida de mayores participantes en una elección, menor es la posibilidad de lograr algo a partir de las confrontaciones.

Los debates deberían ser como el campeonato de fútbol de estos días: con una eliminatoria y con discusiones de par en par, cruzadas después hasta lograr una comparación en la cual todos tuvieran oportunidad pero no simultáneamente. Pero eso es imposible.

Dos horas continuas, por ejemplo, de Ricardo Anaya discutiendo los contratos de Riobóo, con Andrés Manuel, con tiempo de exposición, análisis y exhibición de documentos en las pantallas quizá tendría tanto interés como un partido entre México y Alemania. ¿Cuál de los dos es Alemania?

Ninguno, los dos son México.

Posiblemente un encuentro "tête a tête" (o mano a mano) entre José Antonio Meade y cualquier otro, en el cual se pudieran analizar asuntos económicos sin los ritornelos de la corrupción como causa de todos los problemas nacionales y un análisis de viabilidad con cifras, datos probados y estrategias posibles, con ejemplos de casos internacionales, nos permitiría a todos ver si de verdad hay capacidad en el desarrollo de los temas o simplemente evasivas, escapatorias verbales y confrontaciones fugaces cuyo término siempre es el mismo: una voz típluda con el implacable anuncio: se le ha acabado su tiempo.

Pero estos debates, como el tercero de Mérida ni siquiera sirven para conocer la personalidad de los aspirantes al cargo. Ni en sus pocos momentos de espontaneidad son tan reales como para adivinar sus condiciones emocionales, ya no se diga las intelectuales.

Resultado claro, por ejemplo, cómo una corbata y un saco limitan a Andrés Manuel y lo alejan del hombre feliz de las guirnaldas floridas en cualquier plaza pública, tirado en brazos del sudoroso populacho, o cómo no hay un solo instante de sinceridad en Anaya. Todo está ensayado y preparado de manera casi teatral o por lo menos histriónica.

Los únicos instantes de verdad en el candidato del PAN (Frente) son sus mohines y sus cóleras mal reprimidas.

Por otra parte, estos escenarios limitan a quien tiene una personalidad serena y un pensamiento temático y ordenado. José Antonio Meade, quien sin duda es un hombre estructurado y con talento, pero nunca tiene tiempo de expresarse en el análisis y posterior explicación de antecedentes y detalles tan necesarios para darle validez a sus planteamientos.

No es un hombre de tribuna: es un catedrático. Y en estos formatos de interrupción y relojes de guadaña, no puede lucir sus habilidades. Es un corredor de fondo, metido en los 100 metros planos.

Por eso estas prácticas desilusionan a los ilusos y se convierten en asuntos anecdóticos.

Por eso caben los besos del Bronco y los episodios como la billetera protegida, si fuera necesario con la vida, ante la rapaz embestida. Nada, agua de borrajas.

Cuando los bien portados ponen el ejemplo eterno de los debates en Estados Unidos se olvidan de la mejor característica del sistema de ese país (o la peor, según se vea): el bipartidismo.

Pero con una concurrencia de cuatro o cinco candidatos (o más si se propaga la plaga independientes en el futuro), y dos o tres "moderadores" inmoderados y con ansias de novelleos, las cosas no pueden ser sino como las hemos visto: ñoñas.

Los conductores no quieren conducir, quieren entrevistar y a veces (como no lo hacen en sus noticiarios, regañar o poner en aprietos a los candidatos).

...Como si fuéramos iguales, me dijo uno de ellos. Y la cosa no debería ir por ahí. Por lucirse, deslucen.

Pero la ley es la ley y en su inflexible letra ordena hacer los debates. Dos. Y uno de pilón para satisfacer el clamor de los medios. Bendito sea Dios.

Ya se ha acabado el asunto y ya sólo queda la elección por delante.

Vienen días complejos en los cuales las puntas de los hielos sumergidos en la verborrea oceánica de los debates, los tuits y las arengas, podrá emerger con toda la dimensión de sus grandes icebergs, si los hay.

Seguirán las acusaciones de complicidad, de corrupción, de empresarios favorecidos, vendrán más de videos comprometedores, pues para eso los espías trabajan horario extendido.

Quizá alguien guarde un as sexual bajo la manga o la falda de una mujer dispuesta a comparar a un candidato con Weinstein o quién sabe cuál otra artimaria para demoler el prestigio de quien se ponga enfrente.

... Y usted, ya sabe a quién prefiere?

Yo, a Brasil.
FLC
Ahora en lugar de TLC, tendremos FLC; futbol de libre concurrencia. Por ese motivo Poncho Guajardo debería ser Director Técnico de la Selección Nacional.



Jorge Fernández Menéndez

Debate en el estribo

Encuentro de anoche de los candidatos presidenciales en Mérida, el último de este proceso electoral, me dejó más dudas que certezas.

Diría, de entrada, que ha sido el más anticlimático de los tres. Creo que de él no quedará casi nada para el recuerdo.

Los pocos episodios de contraste entre los participantes ocurrieron cuando éstos pudieran zafarse del corsé en que los metieron los organizadores y los moderadores.

Por cierto que, a futuro, habrá que pensar en un modelo de debate que no confundiera preguntas que ayuden a orientar la discusión con realizar entrevistas a los candidatos.

Vi a José Antonio Meade más ordenado en sus planteamientos. No basta con saber, sino tener la capacidad de síntesis para conectar con la audiencia. En los debates anteriores, Meade fue un cúmulo de datos sin propósito claro. Ayer parecía saber a dónde iba y a quiénes deseaba convencer.

El dato de los 48 millones de mexicanos que no tienen la preparatoria terminada fue contundente. Sin avanzar en

la educación, no se puede aspirar a dotar a la mayoría de los mexicanos de empleos mejor remunerados, argumentó Meade. En ese marco, no sonó forzado que conminara a los espectadores a "no dejar a Andrés Manuel López Obrador cerca de la educación de tus hijos".

El candidato de la coalición Juntos Haremos Historia no se salió de su guión. Su denuncia contra la corrupción ha sido el principal activo de su campaña y no dudó en usarlo repetidamente durante el debate. Lo expuso gráficamente, como se aconseja hacer en este tipo de ejercicios: "Un cáncer que nos está destruyendo", "fondos que se van por el caño".

Sin rasguños concluyó López Obrador su participación en el tercer debate. Si acaso tenga que lamentar algo, es el haber sido obligado a definir sin ambages ante el tema de la Reforma Educativa. Dejando atrás toda ambigüedad, dijo que enviaría una iniciativa para cancelarla - como exigen los profesores de la CNTE - actualmente en paro -, cosa que quizá depleen los sectores moderados que lo apoyan.

Ricardo Anaya recuperó el manejo de los tiempos y los

ritmos que mostró en el primer debate. Atinó en colar los temas que a él le interesaban cuando el guión pretendía llevarlo por otro lado. Construyó frases cortas para el mejor entendimiento de sus premisas, ya fueran a la defensiva o al ataque.

Y El Bronco fue El Bronco. Un participante del que se acordaba la audiencia cuando hacía un chascarrillo. Quizá el único momento en el que Jaime Rodríguez Calderón se ganó la atención fue cuando llamó "tercia maldita" a sus contrincantes y los acusó de ser beneficiarios del asistencialismo. "Por eso no quieren acabar con él".

Pero, como digo, el debate tuvo un saldo de muchas dudas. La más importante, ¿quién se beneficiará de las amenazas de llevar a prisión al adversario?

En el discurso de los tres candidatos de coalición apareció la idea de la cárcel.

El más explícito fue Anaya, quien amenazó a Meade con que él y el presidente Enrique Peña Nieto - "tu jefe" - enfrentarán la justicia en caso de que el panista llegue a Los Pinos. Meade respondió que, de todos los presentes, el único indiciado era Anaya, con lo

que dejó sembrada la idea de que el queretano podría pronto ser acusado formalmente por la PGR. Y López Obrador actuó de perdonavidas del propio Anaya al decir que ni a él lo mandaría a prisión.

Hubo datos nuevos, pero éstos no lograron anclarse en la discusión, principalmente porque AMLO optó por sacarle la vuelta.

Uno de ellos fue el señalamiento de que el ingeniero José María Riobóo - el "constructor favorito" del tabasqueño - estaba detrás de la oposición de López Obrador al nuevo aeropuerto por no haberse visto beneficiado por contratos para esa obra.

"Te has convertido en lo mismo que denuncias", dijo Anaya a López Obrador. "Tienes tu grupo de constructores privilegiados, como Riobóo, al que le otorgaste contratos por adjudicación directa por 170 millones de pesos".

La acusación derivó en el diálogo más álgido del debate, pues Anaya retó a López Obrador a renunciar su candidatura si se probaba la veracidad de lo que había dicho. El tabasqueño dijo que no era cierta la acusación y de ahí no se movió.



El favorito



Leo Zuckermann

Pelearse con los amigos y congraciarse con los enemigos

La política exterior de Estados Unidos se encuentra personalizada en la figura de su Presidente, como nunca en su historia. Lo que importa es Trump, su narcisismo y su olfato para las victorias mediáticas que dejan bonitas fotos apreciadas por su base electoral.

Parece que la nueva política exterior de Estados Unidos es esa. Con toda claridad, lo vimos estos últimos días. El presidente Trump, primero, se alista a viajar a Quebec para la reunión del G7, el grupo de los países más ricos del orbe que concentran alrededor de dos tercios partes del Producto Interno Bruto mundial: Alemania, Canadá, Francia, Italia, Japón, Reino Unido y el propio Estados Unidos. Trump, al subirse al helicóptero, lanza su primera provocación. El G7 debería invitar, de nuevo, a Rusia a sus reuniones. Este país había sido expulsado del grupo debido a la anexión ilegal que hizo de Crimea, territorio que pertenecía a Ucrania. ¿Por qué está interesado Trump en que regrese Putin a la mesa de los países más ricos? ¿Le conviene eso a Estados Unidos o le conviene a él en lo personal?

Arriba Trump a Quebec. Llega tarde a la primera reunión pactada. Sus países amigos y aliados históricos están enojados por la decisión unilateral de Estados Unidos de imponer aranceles al acero y aluminio, lo cual podría derivar en una guerra comercial que desestabilice a toda la economía mundial. Se filtra una foto elocuentísima en la que todos ven a un Trump enojado escuchando los argumentos de la canciller alemana, Angela

Merkel.

El Presidente de Estados Unidos abandona la reunión antes de que ésta concluya, ya que el último tema tiene que ver con el cambio climático. A Trump no le interesa este asunto. Toma el avión rumbo a Singapur para reunirse con el líder de Corea del Norte. En el avión se entera de la conferencia de prensa que ha dado el primer ministro de Canadá, Justin Trudeau, quien ha criticado la imposición de los aranceles mencionados. Trump se enoja y tuitea. Estados Unidos desconocerá el comunicado final acordado por todas las naciones del G7. Tilda a Trudeau de dócil y sumiso. Al día siguiente, su asesor comercial, Peter Navarro, declara que el primer ministro canadiense se merece estar en el infierno.

Trump llega a Singapur para reunirse con Kim Jong-Un. La familia del dictador norcoreano lleva décadas oprimiendo a este pueblo con uno de los regímenes más represores de la Tierra. Con Kim, Trump es pura sonrisas y alegrías, como si los dos países no llevaran años de enfrentamientos graves. Como si no pasara nada en Corea del Norte.

Con esta reunión, Trump eleva a Jong-Un como un estadista a la altura de negociar al más alto nivel de la política estadounidense. De estar completamente aislado a este pueblo con uno de los regímenes más represores de la Tierra. Con Kim, Trump es pura sonrisas y alegrías, como si los dos países no llevaran años de enfrentamientos graves. Como si no pasara nada en Corea del Norte.

La foto de los dos líderes le da la vuelta al mundo. Es una victoria mediática para el Presidente de Estados Unidos. Es lo único que le importa a Trump. Nada saca su país, en concreto, de Corea del Nor-

te. El comunicado de la reunión en Singapur, de cuatro puntos, es de una vaguedad inmensa. Los norcoreanos se comprometen a la "completa desnuclearización de la península coreana". Estados Unidos, por su parte, le otorga garantías de seguridad al régimen de Kim. Haga usted lo que guste, señor Jong-Un, mientras se deshaga de sus armas nucleares. No hay ningún detalle de cómo se logrará el pacto. Eso vendrá después, supuestamente. Por lo pronto, la foto sonriente con el dictador de Pyongyang.

Durante su mandato, lo único que ha demostrado Trump es que se siente más cómodo con los dictadores que con los gobernantes democratas. Prefiere a Putin, Xi Jinping y Kim Jong-Un que a Trudeau, Merkel o Peña Nieto. ¿Por qué será? ¿Qué día fue Freud?

La política exterior de Estados Unidos se encuentra personalizada en la figura de su Presidente como nunca en su historia. Lo que importa es Trump, su narcisismo y su olfato para las victorias mediáticas que dejan bonitas fotos apreciadas por su base electoral. Pelearse con las democracias liberales y congraciarse con las dictaduras. Así el cavemicola con el que tiene que lidiar el gobierno de México. Increíble, en este sentido, que Trump se haya reunido primero con Kim Jong-Un que con Enrique Peña Nieto. Increíble que le aplauda al representante de una dictadura represiva y considere a Trudeau dócil y sumiso. Increíble los valores del Presidente de Estados Unidos: respeta más a un tirano con armas nucleares que a sus dos buenos vecinos.